

## DULZURA CRISTIANA.

### I.

*Imperavit ventis et mari, et facta est tranquillitas magna.*

Mandó á los vientos y al mar que se apaciguaran, y siguióse una gran bonanza.

(MATTH. VIII, 26.)

¡Cuán grato es, amados hermanos míos, gozar de la calma tras la tempestad que ha amenazado nuestra vida! Tal fué la feliz circunstancia en que se hallaron los Apóstoles en el mar de Tiberíades, en donde estalló una violenta tempestad que les puso á las puertas de la muerte. ¡Con qué placer no vieron cesar los vientos y la tormenta á la voz de aquel á quien obedecen todos los elementos! Tal es también la feliz situación de una alma, que ha estado á merced de sus pasiones, que se ha visto á punto de caer en los horrores de la muerte eterna, y que, sacudido el yugo de aquéllas, saborea las dulzuras y la serenidad que acompañan á la virtud. ¿Queréis, hermanos míos, hacer una excelente prueba? Domad vuestras pasiones, sometedlas al imperio de la virtud, y vereis luego cuanto vale la paz del alma. Una de las virtudes más convenientes para alcanzar esta paz, es, sin disputa, la dulzura, tan poderosa para conservar la serenidad del alma, como poderosa es la cólera para turbar el sosiego. Si el estado de un hombre airado se parece al de un mar agitado por los vientos, en el que son inminentes los naufragios, puede decirse que el de un alma, en que reina la dulzura, se asemeja á un mar tranquilo, por donde se navega con seguridad y con entera certeza de arribar felizmente al puerto: *Facta est tranquillitas magna*. Así, pues, quiero hoy mostraros las ventajas de la dulzura. Imploramos ántes los auxilios de la gracia. A. M.

1. Puede decirse de la dulzura lo que Salomón de la sabiduría, esto es, que nos pone en posesión de todos los bienes que pueden hacernos felices en este mundo: *Venerunt mihi omnia pariter cum*

*illa*. La dulzura nos granjea la protección de Dios, la amistad del prójimo, y nos hace dueños de nosotros mismos. Tales son las ventajas que deben hacernos apreciable esta virtud. Si poseemos la dulzura, agradamos á Dios: con ella obtuvo Moisés su predilección. Fué amado de Dios, dice la Escritura, porque era el más amable de los hombres. Con la dulzura poseemos el corazón de Dios, como un hijo posee el de su padre. Bienaventurados los pacíficos, dice el Salvador, porque serán llamados hijos de Dios (MATTH. v, 9). En efecto, tanto aborrece el Señor á un alma dominada por la agitación y la discordia, cuanto se complace en habitar en la que respira paz; hace de ella sus delicias y la favorece con sus más dulces mercedes: *Mansuetis dabit gratiam* (PROV. III, 34). La dulzura es una virtud que dá al hombre un rasgo de semejanza con Dios, pues la idea más consoladora que podemos formarnos de Dios, y que nos inspira más confianza, es la de la paciencia y dulzura que él emplea para con los hombres. En efecto, ¿no es sorprendente que un Dios tan poderoso y tan justo, sufra con tanta paciencia las ofensas de una infinidad de pecadores, á quienes podría precipitar en el fondo del abismo? ¿Que no solamente las sufra, sino que les busque, les perdona cuando á él se convierten, les trate con dulzura, y colme de beneficios á los que le han despreciado, ofendido y ultrajado? En estos rasgos de dulzura y bondad para con los pecadores, dá á conocer particularmente su poder, como nos lo dice la Iglesia: *Deus, qui omnipotentiam tuam parcendo et miserando manifestas*. ¿Y qué se infiere de esto, hermanos míos? Que el hombre manso con sus hermanos, que perdona cordialmente las ofensas, se hace, en cuanto cabe, semejante á Dios; es en la tierra una imagen viva de la divinidad, y, por consiguiente, el objeto de las complacencias de Dios, que se reconoce en esta alma, y se comunica á ella con la abundancia de sus gracias. Así es, que Dios guía á las almas mansas y pacíficas, dice el Profeta, y les enseña el santo camino que deben seguir: *Docebit mites vias suas*. Se digna encaminarlas, y bajo su dirección, ellas no darán ningún mal paso. Podemos, pues, aseverar, que la dulzura es una de las señales más ciertas de nuestra predestinación. La seguridad de ello la tenemos en la palabra de Jesucristo, que nos dice, que los mansos son bienaventurados, porque poseerán la tierra: *Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram* (MATTH. v, 4).

¿Y qué tierra será la que poseerán los hombres llenos de dulzura y mansedumbre? No será, hermanos míos, esta tierra habitada por los mortales, que no es más que un lugar de destierro, un valle de lágrimas. Esta tierra está ocupada por los pecadores, como por los justos; hasta vemos que los pecadores poseen de ella más bienes que

los siervos de Dios. Luego, la tierra prometida á los mansos es la bienaventurada tierra de los vivos, en donde nadie muere, de donde están absolutamente desterrados los dolores y enfermedades.

Para haceros comprender esta verdad, veamos la gran señal de predestinacion que nos dá el Apóstol en su epístola á los Romanos. Aquellos, dice, serán predestinados, que se hiciesen conformes á la imagen de su hijo Jesucristo (Rom. VIII, 29). ¿Y no fué la dulzura el carácter particular del Hijo de Dios? ¿no fué una de sus virtudes más queridas? ¿Con qué dulzura trató á los pecadores! ¿Rechazó nunca á alguno? ¿Cuál fué su paciencia en sufrir las groserías de sus Apóstoles? ¿Cómo reprimió el celo amargo de dos de ellos, que querian hacer bajar fuego del cielo sobre los pueblos rebeldes? Nunca empleó otra defensa contra las violencias y persecuciones de sus enemigos. Ved al divino Salvador en su pasion, lleno de oprobios, abrumado de injurias y malos tratamientos: ¿cómo se defendía? No decia una palabra para quejarse. ¡Oh! ¡cuán elocuente es ese silencio de Jesucristo, para inspirarnos la dulzura y la paciencia en sufrir las injurias que se nos hacen, los malos tratamientos que se nos hacen! Tales son las armas que él nos ha puesto en la mano para defendernos de nuestros enemigos, y para alcanzar la victoria que debe asegurar nuestra corona. Jesús no dió otras á sus discípulos cuando les envió á predicar su Evangelio. Os envío, les dice, como corderos en medio de los lobos: conservad siempre la sencillez de la paloma con la prudencia de la serpiente. Por eso se hicieron los Apóstoles más recomendables; por eso sometieron más naciones al imperio de Jesucristo con la dulzura y la paciencia en las aflicciones, que con los milagros que obraron, dice S. Jerónimo. Por consiguiente, la dulzura debe formar el carácter del cristiano, ya que formó el de Jesucristo y el de los santos. Además de formar ese carácter, es fuente de dicha, puesto que conquista el corazón de Dios, nos hace hijos suyos, y por lo mismo, herederos de su reino; siendo, por consiguiente, una de las señales más ciertas de predestinacion. Tales son las ventajas que la dulzura nos proporciona respecto de Dios; tambien nos proporciona otras tocante al prójimo, cuyo corazón y amistad nos granjea.

2. Podemos hacernos obedecer como autoridad, podemos vencer el ánimo con la fuerza de los argumentos; mas, no hay como la dulzura para conquistar los corazones; no hay nadie que pueda resistir á sus encantos: ella tiene la virtud, dice el Espíritu Santo, de adquirir amigos y aún ablandar á sus enemigos: *Multiplicat amicos, mitigat inimicos* (Eccl. VI, 5). Efectivamente; ¿quién puede abstenerse de amar á un hombre bueno y afable, que se complace en favorecer á

todos, y manifiesta un carácter siempre igual? Quanto evitamos la compañía de un hombre iracundo, tanto buscamos y amamos la de los pacíficos. Su conversacion encanta, nos gusta platicar con ellos, porque sabemos que no se enfadan por nada, y perdonan fácilmente las faltas á que está sujeta la humana fragilidad. Como llevan siempre la miel en los labios, muy léjos de disputar con calor, ceden gustosos, por más legítimos que sean sus derechos: como son siempre atentos y solícitos, y están dispuestos á dejar satisfechos á todos, nos dirigimos confiadamente á ellos, persuadidos de que nos recibirán bien. Si no pueden conceder lo que se les pide, se excusan con tanta finura y sentimiento, que todos quedan satisfechos de su buena voluntad. ¿Cómo no amar á las personas de esta condicion? Esta virtud tiene no solamente el poder de proporcionar amigos, sino tambien de reconciliar á los enemigos; ella triunfa de los corazones más rebeldes, y no hay hombre tan feroz que no vuelva tratable: la ira más furiosa, dice el Espíritu Santo, no puede resistir á una palabra dulce y afectuosa. Apelo á la experiencia, amados hermanos míos. ¿Cuántas veces no habeis visto desarmada por la dulzura la venganza más obstinada? Y ciertamente, miéntras os dominaba el espíritu de venganza, ¿qué no habiais resuelto? Habiais concebido negros designios contra la persona que incurriera en vuestro desagrado; pero presto os apaciguasteis: las excusas que os hizo, el buen comportamiento que tuvo con vosotros, y los servicios que os prestó, todo eso cambió vuestras malas disposiciones, y os visteis precisados á alabar su dulzura y buen genio: prueba cierta, de que nada resiste á la dulzura. No solo calma esta virtud á nuestros enemigos y nos reconcilia con ellos, sino que tambien pone en paz á los que viven juntos sin concordia.

El hombre lleno de dulzura sabe de tal suerte cautivar los ánimos é insinuarse en los corazones, que los libra del desabrimiento y aspereza que un insulto ó un mal servicio puede haber causado. Ora propone motivos de religion para inducir al perdon; ora se vale de excusas para atenuar la falta del ofensor; sin tomar ningun partido, dá á cada cual su derecho, y toma tan perfectamente sus providencias, que consigue reunir los corazones divididos. ¿Cuánta no es en la sociedad humana la utilidad de ese ángel de paz? Ese hombre es un verdadero Apóstol que procura la gloria de Dios. Y si es dueño del corazón ajeno, aún lo es más de sí mismo, lo cual constituye la tercera ventaja de la dulzura.

Si la ira pone al hombre fuera de sí, de modo que ya no sabe lo que hace; la dulzura, por el contrario, le conserva la claridad de juicio, y le hace dueño de los movimientos de su corazón; él vé como en una

agua cristalina todo lo que pasa en su corazón; la menor tempestad que en él siente formarse, sabe calmarla en seguida, porque la razón que le sirve de guía, rige el gobernalle á su gusto, y le hace gozar de completa tranquilidad.

Esta sola ventaja de la dulzura debiera bastar para hacérsela apreciable; pues nada más grato que ser dueño de nosotros mismos, y, al mismo tiempo, nada más grande, porque es más glorioso, dice el Espíritu Santo, triunfar de nosotros mismos, que ganar batallas, someter ciudades y provincias. ¿Quereis una buena prueba de ello, amados hermanos míos? Sabed cual es la práctica de la dulzura ó mansedumbre.

3. La dulzura no es efecto de un temperamento pacífico, el cual puede contribuir en algo á esta virtud, mas no constituir su mérito. Una cosa es ser pacífico de genio, y otra cosa serlo por virtud. La dulzura no consiste tampoco en algunos modales finos, en algunas palabras afectadas, que puedan ser efecto, pero no una prueba segura de ella: un corazón agriado y llagado se oculta muchas veces bajo la capa de la urbanidad, y no son raras las personas que llenan de caricias á las que son objeto de su odio y aversión.

La dulzura se anida, pues, principalmente en el corazón; y la propiedad de esta virtud, es reprimir ó moderar nuestra cólera, y rendirnos á la ajena: tales son su carácter y su práctica. Si la ira que nos enciende es vituperable, la dulzura reprime sus impetus; si alguna vez la cólera es laudable y digna, la dulzura la modera, según las reglas de la prudencia y de la caridad. Esta virtud no consiste, pues, en la insensibilidad al mal que nos sucede, pues aunque tengamos dulzura, podemos sentir y sentimos vivamente el dolor, una injuria que se nos dice, un desprecio que de nosotros se hace. La dulzura no es tampoco incompatible con aquella indignación justa y razonable, que debe refrenar el vicio y defender la santa causa de Dios. La propiedad de la dulzura, según ya llevo dicho, es reprimir la cólera vituperable, y moderar la digna de encomio.

Si, amados hermanos míos, si sois mansos y afables, cuidareis de reprimir todo arrebató de ira que os arrastre á vengaros; á dañar al prójimo; sofocareis hasta el más leve sentimiento de acrimonia y animadversión que pudiera inspiraros una ofensa recibida, un mal servicio que se os hubiese hecho. A lo cual exhortaba el grande Apóstol á los primeros cristianos. Sed mutuamente afables, compasivos, perdonándoos los unos á los otros, así como también Dios os ha perdonado á vosotros por Jesucristo: *Estote invicem benigni, misericordes, donantes invicem, sicut et Deus in Christo donavit vobis* (EPHES. IV, 32)

Vivid, pues, con cuidado; si alguien os ofende, no busqueis los medios de ofenderle á él. Si os infieren algún daño en vuestros bienes, en vuestro honor, y no podeis obtener satisfacción sino ante la justicia, procurad que la ira no tome nunca parte en esta reparación; no sostengais vuestros derechos en perjuicio de la caridad; reflexionad ántes de obrar, á fin de que la pasión no os extravíe, y de que solamente os guíe la razón: acordaos siempre de que más gloria hay, más provecho y más tranquilidad en perdonar, que en lograr que nos hagan justicia: guardaos, sobre todo, de volver injuria por injuria: manchar honras ajenas no es reparar la nuestra; y á fin de que vuestra dulzura alcance una victoria más completa sobre la ira, no manifesteis á nadie el disgusto que se os ha dado, porque podríais encontrar algún genio turbulento, como muchos hay, que os exacerbaria más, y os empeñaria en tomar satisfacción de vuestro enemigo; en suma, cualquiera que sea el mal que os causen los hombres, sobreponéos á un carácter sensible, enemigo siempre de lo que le contraría.

He dicho, en segundo lugar, que la dulzura debe moderar la cólera loable y la justa indignación que han de causarnos las faltas ajenas. Si, hermanos míos, léjos de nosotros una criminal tolerancia, que nos hiciese permanecer indiferentes á las ofensas inferidas á Dios, que lo sufriese todo, que no corrigiese al pecador, por no molestarle ni incurrir en su desagrado. Si prosiguiese complaciendo á los hombres, decía el Apóstol, no seria yo siervo de Cristo: *Si hominibus placerem Christi servus non essem* (GAL. I, 10). La dulzura debe ir, pues, acompañada de la firmeza para oponerse al vicio y reformar los abusos, cuando uno tiene la autoridad ó la obligación de procurar la salvación del prójimo. Esta ira es tan necesaria, que, sin ella, triunfaria el vicio y se oprimiria la virtud. Moisés, el más afable de los hombres, se encolerizó contra los adoradores del becerro de oro, é hizo dar muerte á veinte mil de ellos. Jesucristo, el cordero lleno de mansedumbre, se irritó también contra los profanadores del templo. Podemos, pues, enojarnos sin pecar, como dice el Profeta, cuando se trata de defender la causa de Dios: *Irascimini, et nolite peccare* (PSALM. IV, 5). Pero esta cólera debe ser moderada por la dulzura. Esta se esfuerza en destruir el vicio, sin querer destruir al vicioso: debemos reprender al pecador con firmeza; pero la dulzura debe templar la aspereza de la reprensión.

Léjos, pues, de nosotros, amados hermanos míos, los arrebatos furiosos, las palabras duras y ofensivas, el tono amenazador, las maneras altivas y soberbias, las imprecaciones, los malos tratamientos que solo consiguen irritar el mal, en vez de curarlo. Muchas personas, que

se precian de celosas, son severas con las demás é indulgentes consigo mismas. El verdadero celo no es riguroso sino consigo mismo, ni afable sino con los demás, y prefiere pecar de demasiado afable, que de demasiado riguroso.

En fin, la dulzura nos hace ceder á la cólera ajena, y nos induce á tomar las disposiciones convenientes para calmarla. Es fácil mostrarnos afables y obsequiosos con los que lo son para nosotros, y tener paciencia cuando nadie nos molesta; mas no lo es tanto ceder á la cólera ajena, estar siempre en paz, como el rey Profeta, con los que solo quieren guerra: *Cum his qui oderunt pacem eram pacificus* (PSALM. CXLIX). Para eso es menester una dulzura universal y constante: universal, para sufrir en todo tiempo á toda clase de personas; constante, para no desmayar en las duras pruebas á que se halla expuesta. Tal debe ser, empero, la dulzura cristiana: cediendo, no luchando, cautiva los ánimos. Que si la ira es un fuego, que quiere destruir cuanto le es contrario, en vano quisiéramos extinguirlo con otro fuego: así lo atizaríamos más. Nada, por el contrario, más á propósito para apagarlo, que la dulzura, la cual, segun dice la Escritura, es un suave rocío que templá los ardores de la cólera. Ved ahí, cristianos, las armas de que debeis valeros para triunfar de la ira ajena.

Teneis que sufrir de toda clase de personas, de próximos parientes, amigos, vecinos, enemigos, que se enfadan, á veces, por lo que habeis dicho ó hecho sin ánimo de ofenderles; teneis que vivir con personas extrañas, turbulentas, malignas, que os arman pendencia por una friolera; con cabezas tercas, que no dan oídos á la voz de la razon; con genios arrebatados, á quienes no pueden calmar las buenas maneras, á quienes vuelve aún peores el bien que se les hace. ¿Cómo debeis portaros con estas personas? Aprendedlo del grande Apóstol: no os dejéis vencer del mal ó del deseo de venganza, mas procurad vencer al mal con el bien ó á fuerza de beneficios (ROM. XII, 21). Así se portaron Jesucristo y los santos para con sus enemigos.

Pero si siempre cedo, direis, si lo sufro todo con paciencia, mi dulzura me atraerá nuevos insultos, se burlarán de mí, me despreciarán. ¿No tiene límites la dulzura? ¿debe ser tan constante, y no debe agotarse á fuerza de perdonar? Escuchad sobre el particular la respuesta del grande Apóstol: La verdadera caridad nunca debe extinguirse; es una deuda que el cristiano ha de pagar siempre, y que nunca queda pagada: *Nemini quidquam debeatis, nisi ut invicem diligatis* (ROM. XIII, 8). Bien podeis pagar las demás deudas que habeis contraído con el prójimo; pero la caridad es una deuda de toda la vida; porque, dice el mismo Apóstol, la caridad es la plenitud de la ley, y el que cumple

este precepto, cumple toda la ley: *Qui diligit proximum, legem implevit* (ROM. XIII, 8).

Finalmente, si quereis, amados hermanos míos, poseer una dulzura constante é inalterable, sed humildes, desprendeos de todo, y someteos á la voluntad de Dios; la dulzura, apoyada en tan sólidos fundamentos, será firme é invencible. Que si la cólera nace del amor propio, de un orgullo secreto, del apego á los bienes del mundo, de la falta de sumision á la voluntad divina; la dulzura es hija de las virtudes contrarias á estos vicios. Sí, hermanos míos; siendo humildes, seréis mansos y afables. Jesucristo junta estas dos calidades como dos compañeras inseparables: aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Cuando tengais humilde opinion de vosotros mismos, os creereis indignos de todo honor, amareis el desprecio y las humillaciones; no os enojareis por el desprecio que hagan de vosotros, de las afrentas, de los insultos que os prodiguen, porque en ellos hallareis el objeto de vuestra humildad. Si sois humildes, os adherireis fácilmente á la opinion de los demás, les hablareis con afabilidad, estareis siempre de buen humor, lo cual es efecto de la dulzura. ¡Ah! ¿acaso no os agradan la dulzura y la humildad en los demás? ¿Por qué no practicais, pues, unas virtudes que encontrais tan amables, unas virtudes de que os gusta que os den pruebas? Despreciad los bienes mundanos, y ni las pérdidas ni las desgracias podrán irritaros. Desprendeos de vosotros mismos, mortifícaos, y poseereis la dulzura, porque la cólera y la impaciencia no nacen sino de un corazón no mortificado. Someteos también á la voluntad de Dios, y tendreis paciencia en las aflicciones, en las tribulaciones que él os envíe para probar vuestra virtud. No hay virtud sin paciencia: la paciencia, dice Santiago, perfecciona la virtud: *Patientia opus perfectum habet* (JAC. I, 4). Ella es también la que corona nuestros méritos y nos lleva á la felicidad suprema. Yo os la deseo. Amen.

---

## DULZURA CRISTIANA.

---

### II.

..... *In omni patientia, et longanimitate eum gaudio.*

Para tener siempre una perfecta paciencia, y longanimitad acompañada de alegría.

(Colos. 1, 11.)

Hermanos míos:

Colossas era una ciudad de la Frigia, provincia del Asia menor. Epaphras, que habia tenido la dicha de predicar en ella el Evangelio, y de convertir á sus moradores, fué á Roma para saludar á San Pablo, á la sazón preso y encadenado en aquella ciudad, y referirle la maravilla más consoladora que la gracia habia obrado entre sus queridos neófitos. El grande Apóstol bendice á Dios por ello, y escribe á los Colossenses una epístola, felicitándoles, y alentándoles á perseverar en la senda que habian emprendido, y á oponer á los enemigos de su fé una paciencia invencible y una dulzura inalterable; intimamente persuadido, de que la paciencia y la dulzura son los únicos medios eficaces para ganar los corazones, triunfar de todas las resistencias, y desarmar todos los ódios. Ahora bien, amados hermanos míos, en pos de San Pablo, aunque á una distancia de cerca de diez y ocho siglos, vengo hoy á encareceros y recomendaros la práctica de la amable virtud de la dulzura, y á deciros, en pocas palabras, el fruto que produce en las almas. La experiencia me ha enseñado y convencido, de que la dulzura cristiana es una arma poderosa é irresistible: me lisongeo de que, despues de haberme oído, participareis de mi convicción. Pidamos ántes los auxilios de la gracia: A. M.

1. Antes de encareceros los atractivos que distinguen á la dulzura cristiana, permitidme que os hable, por un momento, de un vicio, que directamente se opone al ejercicio de esta virtud, y cuyas consecuencias son siempre deplorables: me refiero á la pasión de la cólera.

La definición más exacta de esta pasión terrible, es presentarla como un movimiento desarreglado del alma, para vengar una injuria supuesta ó verdadera, ó rechazar lo que choca y desplace. Este movimiento desordenado puede serlo de tres maneras: 1.º en sí mismo, cuando interiormente nos sentimos dominados de una agitación violenta, que nos turba profundamente, y se ha apoderado de todo nuestro ser una especie de calentura devoradora, que ofusca, en mayor ó menor grado, nuestra razón. 2.º Cuando se expresa ó se manifiesta en el exterior por palabras entrecortadas é incoherentes, por ademanes bruscos, por señales convulsivas, y, sobre todo, por injurias, imprecaciones, blasfemias, amenazas, y esas escenas tan violentas, tan horribles, cuyo desenlace y expiación suele terminar en las cárceles ó en los presidios. 3.º Es desordenado cuando entre los accesos de cólera y la causa que los ha producido, no hay relación ni proporción alguna. Este último caso es el más común entre esos desdichados, que dejándose arrastrar por un temperamento impetuoso, se exaltan é irritan por una leve contradicción, una sombra de falta, un agravio imaginario. Evidentemente, en esas tres situaciones, hay tumulto y sublevarción del alma, que traspasa los límites del derecho, de la justicia y del buen sentido, y, por consiguiente, hay desarreglo y desórden. Considero poco ménos que inútil, hermanos míos, extenderme sobre los terribles efectos de la cólera: los hechos contemporáneos y las útiles enseñanzas de la historia nos revelan suficientemente, cuán horrorosos son los males que causa esta pasión, y cuán amargos son los frutos que produce; me limitaré, pues, á recordaros, que ninguna otra pasión lastima ni humilla tanto como ella la razón y la dignidad del alma humana. En efecto, hermanos míos muy amados; un hombre que se respeta á sí mismo, y estima en algo su valor moral, no ménos que la conciencia de su dignidad, debe procurar, á toda costa, reinar sobre sus sentidos agitados, contener sus instintos brutales, y conservar siempre y en todas partes, aquella moderación, aquella calma, aquel dominio de sí mismo, que revela un alma grande, señora del cuerpo que ella anima. Los mismos filósofos antiguos hicieron consistir toda la sublimidad y toda la gloria de la razón humana, en reprimir y dominar esa funesta pasión. Vigilaban con suma atención y cuidado especial todos los movimientos de su naturaleza, para reprimir los arranques, contener los arrebatos que comprometen el sosiego y la paz personal, y producen luego efectos deplorables y dignos de castigo. Por este motivo, cierto día, aquel á quien los antiguos llamaban su jefe y su maestro, Sócrates, insultado y ultrajado por uno de sus esclavos, pronunció esta expresión, que ha sido tras-